

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Pascual Lupo, el hombre de Acero y sus logros. Fotografía: Gustavo Belmonte, 2006.



Alfonso Lupo Capetta.



Alfonso cultivó la pasión por los vehículos desde joven. Archivo: Javier Lupo G., 2006.



Los hermanos Lupo Gamarra durante una reunión familiar. Archivo: Javier Lupo G., 2006.

PASCUAL LUPO, UN CONSTRUCTOR PORTENTOSO

Si se tuviera que clasificar las virtudes y cualidades de Pascual Lupo en un casillero común y corriente, sin lugar a dudas se podrían encontrar organizados en el primer receptáculo del mueble la honestidad y el trabajo esmerado que el italiano imprimió a cada una de las jornadas de su vida. Desde que hizo su repentina aparición en la lejana frontera con la Argentina, luego de realizar diversas actividades laborales, destacándose de entre todas ellas su valiosa participación en la construcción del Ferrocarril Central Norte Argentino, no hubo instante en que cesará de producir. Si bien es cierto que no las tuvo fáciles al comienzo, de por sí era una odisea para cualquier inmigrante lanzarse al océano sobre vapores atiborrados de gente para así "hacer las Américas", Pascual tuvo que cruzar la frontera que divide Argentina de Bolivia montando una mula por treinta y ocho largos e interminables días que se le iban quedando incrustados entre la piel y los huesos bajo la forma de calambres y magulladuras permanentes. Ya en territorio boliviano y una vez repuesto de la penosa travesía, Lupo encontró oficio en la ciudad de Sucre. Allí trabajará por un periodo de tres años haciendo un ínterin en medio de sus ocupaciones para trasladarse a pie hasta las llanuras tropicales de Santa Cruz de la Sierra. Finalmente, recogerá sus pocas pertenencias para orientar su camino hacia la Sede de Gobierno. Pascual era prevenido, aunque aventurero por naturaleza, este hombre de rostro serio y bigote oscuro deleitaba su existencia con toda clase de empresas arriesgadas o que suponían riesgo inminente. No en vano había recorrido miles de kilómetros desde su natal Acerno, en el sur de la península italiana, en los más diversos y exóticos medios de transporte que uno se pueda imaginar para alcanzar las alturas temidas y desconocidas del altiplano boliviano. Así, con la idea fija de establecer residencia en la ciudad

andina, Pascual arriba en 1900 aprovechando que el siglo había llegado sonriente y auspicioso para él¹.

Ausente e indiferente ante los llamados constantes de la pereza, Pascual emprende solícito una nueva ocupación. Esta vez se lo verá trabajando como picapedrero en las obras de refacción de la catedral paceña. Día tras día su mano sujetará con vehemencia el mazo y el cincel para así castigar implacable la solidez de la piedra. Medio año transcurrido y un esfuerzo inagotable pocas veces visto serán suficientes para demostrar sus habilidades innatas y corroborar el ingenio que su mente lucida expone. Al término de su contrato, el inmigrante europeo encontrará la oportunidad que anduvo buscando desde siempre, ser constructor. Como todo buen obrero, madrugador y conciente de sus aptitudes y carencias, Pascual inicia su primera gran obra bajo la forma de un puente en la calle Ayacucho. La labor es ardua para el neófito contratista constructor, sin embargo, la pasión y fortaleza que inculca a su equipo de trabajo le permite sortear con éxito las dificultades que salen al camino. La obra se concluye de manera óptima en menos de cuatro meses, dejando satisfechas y poco más que sorprendidas a las autoridades edilicias. Éstas no tardarán en volver a convocar los servicios del contratista de Acerno cuando se deba construir un dique transversal para contener las aguas iracundas del río Choqueyapu. Lupo, desde ya, pasea satisfecho por las principales arterias de la urbe boliviana, su nombre es conocido y el prestigio de su trabajo ha llegado hasta los mismísimos oídos del renombrado arquitecto Villanueva. Si el río suena es porque piedras trae, y no existe caminante o excursionista prudente que se anime a cruzarlo desafiando los mandatos de la naturaleza. Villanueva sabe caminar con prudencia y si algo lo caracteriza es su talento para edificar realidades y convocar a sus constructores. Bajo estas circunstancias, Pascual pasa a formar parte del destacado equipo de trabajo que comanda el hábil arquitecto y es aquí donde conoce a otro formidable constructor, Cesar Gestri. Este toscano colaboró, y mucho, para que la ciudad cambie de rostro y se encumbre como urbe moderna y atractiva. Así las cosas, Villanueva, Lupo y Gestri estrechan las manos y juntos edifican construcciones destacadas como el Banco de la Nación, el edificio de la Municipalidad y el vasto complejo hospitalario de Miraflores. Por su lado, la sociedad entre Gestri y Lupo da sus frutos y estos son aprovechados de forma gustosa y benéfica por la población boliviana.

Mientras tuvo fortaleza y salud, Pascual trabajó de sol a sol. En la región agrícola de Guaqui pudo armar su finca para después recibir agradecido los favores inmensos de la madre tierra que tanto veneraban los indígenas locales. Las papas se cultivaban por montones y las 6 mil cabezas de ganado ovino Lincoln que allí pastaban produjeron lana y carne de primera calidad. El contratista de Acerno tuvo dos hijos en Bolivia; Rafael y Alberto, pero él sabía que la familia no acababa aquí. En Italia dejó descendencia y esta reclamaba por su presencia.

Cuando Alfonso vino

Alfonso Lupo custodiaba las horas impaciente deseando cuanto antes salir para embarcarse en el primer vapor que el mar ponga a su disposición. La impaciencia del joven era comprensible. Su padre lo aguardaba al otro lado del globo predispuesto a enseñarle las bondades y beneficios que Bolivia le estaba ofreciendo. Hasta que al fin, el técnico electricista, proveniente, como es de suponer, de Acerno, llega con una motivación y entusiasmo pocas veces experimentado en su vida. Era consciente, o empezó a serlo, del sacrificio y esfuerzo que debía añadir a todas las jornadas difíciles de trabajo que le aguardaban intactas en el cronograma de actividades de su nuevo destino. Así, dispuesto a emplearse cuanto antes, el hijo de Pascual inicia sus actividades laborales en el destacado y conocidísimo sector de la minería boliviana. Al contrario de muchos extranjeros o bolivianos que dedicaron una existencia entera buscando con ansiedad fama y fortuna en el seno de la tierra, Alfonso tuvo un paso fugaz por las añoradas minas andinas. Lo suyo pasaba por los cables y las conexiones. Debía generar energía cuanto antes y así lo hizo cuando estrecho la mano de Manuel Crespo, impulsor de la primera central telefónica de La Paz y empleador del técnico italiano. Con viento a su favor, Alfonso se hace cargo de la instalación completa de la mentada central telefónica y será él mismo quién conduzca la parte administrativa de la empresa. Lupo llevará con aplicación y profesionalismo el trabajo

¹ Dante Sabbioni, op.cit., p.1074.

encomendado generando lazos innovadores de comunicación directa entre bolivianos. Satisfecho por la labor que venía desarrollando, Alfonso ejecutará otras actividades siempre dentro de los límites de su campo de acción. Por ello, decide montar una nueva empresa, la cual se dedicará exclusivamente a la instalación y mantenimiento de ascensores. Con este último emprendimiento conquistó éxito profesional pero, al mismo tiempo, tuvo el infortunio de invocar accidentalmente a la muerte. Presuroso y distraído, un día desafortunado de 1945 sufre un accidente dentro de la bóveda de un ascensor. Las lesiones sufridas durante su caída al vacío le dejarán secuelas irremediables produciéndole daños severos en el organismo. Alfonso muere joven dejando abatida a su esposa Gabriela y a sus cuatro hijos; Rosario, Carlos, Gastón y Javier Lupo Gamarra.